

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. EDUARDO VIDAL DE VALENCIANO

El día 26 de Junio de 1898.



BARCELONA

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA

NOTARIADO, 9 - * - TELÉFONO 151

1898

DISCURSO

LEÍDO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. EDUARDO VIDAL DE VALENCIANO

El día 26 de Junio de 1898.



BARCELONA

IMPRENTA DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA

NOTARIADO, 9 * TELÉFONO 151

1898

ALGUNAS CONSIDERACIONES

RESPECTO DEL

ESTADO ACTUAL DE LA LITERATURA DRAMÁTICA ESPAÑOLA



Señores Académicos:

ME honrásteis con designación que yo no esperaba, ni creí nunca merecer, para compartir vuestras doctísimas tareas, y aún cuando algo tardío en venir á presentarme por causas bien tristes para mí, en primer término, como desgracias íntimas, quebrantos de salud y quehaceres abrumadores, penetro ahora en esta casa, deseoso de acreditar la honda gratitud con que desde entonces correspondo á la merced que tuvisteis la dignación de dispensarme, y seguro de que en el actual momento no me ha de faltar, consecuentes con vosotros mismos, la benevolencia que hasta el día me habéis generosamente otorgado.

Llego á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, templo consagrado á la religión de la literatura, en cuyo noble culto vosotros comulgáis, todos con gloria y con prestigio, todos con desinterés y con amor, sin poder ofrecerós otra realidad de mis aptitudes que larga serie de batallas reñidas, siempre al fin con fortuna, en el cultivo de la poesía dramática catalana, principalmente; y pues en ello consiste el tesoro único de mi actividad en el orden

de las letras, tomadlo entero; es mi ofrenda, rendida en vuestros puros altares. No la desechéis, por humilde, no la arrojéis de vuestro lado; representa el mundo de mis ilusiones pasadas; las ilusiones que ya pasaron, forman en nube espesa de recuerdos, dulces á veces y á veces tristes, el patrimonio del alma rejuvenecido al soplo grato de las brisas del ayer... ¡y no he de encareceros, viejo como soy, el valor que para mí tienen!

Ya que la palabra recuerdos ha salido á mis labios, dejadme que haga ante vosotros, mis compañeros desde hoy, á modo de general y explícita confesión de sentimientos é ideas que me son propios y han inspirado constantemente mis humildes obras. No voy á entonar alabanzas en pro de gustos y corrientes con que en los albores de mi carrera literaria hube de tropezar, cual todos los escritores de entonces, ni estoy por sistema, según otros suelen, apegado á lo que fué, á lo que ya pasó, creyéndome lo bastante justo para discernir con mediano acierto lo que haya de defectuoso y de aceptable en costumbres, tendencias, aficiones y caracteres por mí observados, y en ocasiones padecidos, durante el curso de mi trabajosa existencia.

Notas distintivas de aquellos tiempos, en Arte y en Política, eran el romanticismo, ya en su ocaso, y las sinceras convicciones. *Románticos y convencidos* aún tenían á la sazón los hijos de esta tierra, tan desventurada en los días presentes, fe en los respectivos ideales, energía en sus positivas determinaciones, entusiasmo, decisión, virilidad de ciudadanos resueltos, aptos para resucitar, con idéntico arrojo, las sublimes jornadas que señalaron en los comienzos de esta centuria, agonizante ahora, la grandeza de un

pueblo inmortal enfrente de extraordinarias desventuras; y como si todo él, reanimado por la voz del Hidalgo manchego, salido de su tumba para incitar á la victoria, tratara de evidenciar á los ojos de Europa y de América, del mundo civilizado entero, cuan perfecta, cuan maravillosamente había retratado en su libro universal, *el alma de su patria*, la pluma esclarecida de Cervantes.

Si había escépticos, el *escepticismo* no creaba escuela: si había enfermos de anemia intelectual, el *decadentismo* no pretendía convertirse en género literario; males, en suma, que hoy prosperan fomentados por un modernismo de dudosas ventajas para el progreso del Arte literario, atacaban entonces individual y aisladamente, sin peligro de fácil propagación ni temible contagio. Préstase el romanticismo, inspirador, con todo, de obras que son maravilla de críticos, á ironías y burlas, tales como las donosamente escritas por *Mesonero Romanos*, en una de sus *Escenas matritenses* mejores (1), pero incurriérase en injusticia, si se olvidara que ha dado á nuestra literatura los días más gloriosos. Por decir estoy, que *románticos* eran en general nuestros clásicos del siglo de oro, tanto por lo menos como en el presente los Duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez y Zorrilla y que el *romanticismo* es la principal nota que se advierte en nuestra literatura dramática, hasta poco tiempo ha. Ni es lógico ir á buscar en el extranjero la raíz de hechos é influencias que tienen su origen en nuestro propio carácter nacional, ni por consiguiente, eran para nosotros menester la protesta alemana contra el clasicismo y la encarnación en el genio soberano de Víctor Hugo, de una tendencia que las letras españolas de antiguo sobradamente conocían, siquie-

(1) El romanticismo y los románticos.

ra de vez en cuando haya parecido que no la recordasen del todo.

Época de grandes poetas, no se afirmaba *en mi tiempo*, que también lo habrá sido de alguno de vosotros, que la forma rimada estuviera requerida á próxima desaparición, cual después se ha dicho y procurado demostrar, no cultivándola ó sustituyéndola en el teatro con prosa de mejor ó peor especie; bien que ello acaso no sea debido tanto á ese propósito, cuanto á la evidente realidad de que la *generación nueva* no anda sobrada de inspiración poética; que educada en ambiente poco propicio para merecerla y sentirla, prosáicamente se desarrolla, se consume, se agota y se estiriliza... ¡gracias sean dadas á la confusión reinante entre lo *útil* y lo *bello*, lo *teórico* y lo *práctico*, nociones que no se comprenden con debida claridad, cuando el materialismo y el positivismo se apoderan del entendimiento y del corazón!

Acordes el sentido vulgar y los escritores en el concepto de la palabra romanticismo, hácese de ésta uso para significar la subordinación de todo interés mezquino á todo impulso noble; el olvido de toda pasión impura ante las sublimidades que en el sagrado templo del alma inspira á todo corazón generoso el sentimiento de la Patria, de la Justicia ó del Amor; el sacrificio de lo material ó terreno á lo etéreo y celeste; el triunfo de la idea sobre los hechos consumados que, con harta raíz en el campo de la historia, solo el tenaz progreso, que es ley inexorable, arranca y hunde en los abismos del pasado, que es tumba del tiempo; el dominio del corazón imponiéndose á las ruindades del cálculo y de la intriga; el genio rompiendo las estrechas

ligaduras á que trataran de sujetarle los preceptistas sentenciosos; la verdad imperante; la virtud arrollada en su marcha triunfal; la fe victoriosa y ciega; cuanto de bueno, de valeroso, de grande, de heroico, de desinteresado, de *altruista* en suma, se advierte en la humanidad, *romántico* es; y por *romántico* en justicia debe estimarse. Y si á la índole de los pensamientos ha de corresponder la forma de la expresión ¿cómo abandonar ó preterir la rima cadenciosa, sonora, flexible, inventada para decir lo que no puede traducirse al lenguaje prosado, si hemos de elevarnos á un nivel superior, fuera de nosotros mismos, vecino en ocasiones del cielo, para cantar bellezas cuyas armonías no caben en los horizontes de la gramática, ni aún en los más despejados de la retórica, imponiendo á quien de comprenderlas y expresarlas trata con la posible fidelidad, armonías, también, de lenguaje, muy diferentes de aquellas con que á los hombres diariamente se dirige? Anduvieron siempre en el mayor consorcio romanticismo y poesía, así en la mente de los hombres, como en las manifestaciones de las letras, pues una y otra son inseparables en realidad, y de ahí el que la forma poética, por antonomasia los versos, suela proscribirse del teatro en días tocados de la influencia naturalista, que no quiere decir inclinación á la verdad ni abandono de toda ficción, sino olvido del Arte y reflejo de las miserias sociales, en el cristal de aumento de algunos espíritus poco adiestrados en el ejercicio de otra observación que no tienda á descubrir, gozosos de aspirarlo, el cieno de corrompidas costumbres, sin oponer siquiera el contraste de la virtud, porque no viéndolo en si mismos, no creen, tampoco, que se dé en la normalidad de la vida.—Romántica hizo la musa de Lope de Vega la condición del justiciero monarca que en vez de enviar á un alcalde para castigar al causante del infortunio

que pesara sobre el prometido de Elvira, venga por sí, yendo personalmente á Galicia, la conducta del infanzón Don Tello. Romántico forjó la. musa calderoniana el temple del inmortal Pedro Crespo, que ejercita su concejil autoridad en satisfacerse del agravio inferido á su hija por el capitán Don Álvaro. En *El mejor alcalde el Rey*, el romanticismo de la justicia; en *El Alcalde de Zalamea* el romanticismo del honor.

En verso escribíanse en aquellas centurias, décimo sexta y décimo séptima tan gloriosas para las letras patrias, las obras destinadas á la representación escénica; en prosa escribese hoy, y no siempre de lo mejor, por cierto; de lo cual no faltará quien infiera, con peculiar lógica, que en cada tiempo han sido expresadas las concepciones del autor dramático en la forma naturalmente propia, diferenciándose así lo sublime de lo vulgar, en lo interno y en lo externo á la vez.

Mas no implica de ningún modo el discurrir de esta discreta suerte, que haya de perecer la costumbre de versificar y consiguientemente traducirse lo que aliente en la imaginación y en el corazón del verdadero poeta al lenguaje prosado, de ahora en adelante, como no implica la obscuridad de noche sin luna, que haya desaparecido el azul del cielo, sino que á nuestra mirada, en la ofuscación de las tinieblas, no es posible alcanzarlo.

Nada, señores, tan complejo cual la obra dramática: es un mundo, que abarca en sí todas las pasiones de los hombres, todos los vicios y virtudes sociales. Leyendo á los cultivadores insignes, y aún los medianos, de tan difícil género literario, rehácese en la imaginación del curioso la

historia de costumbres, inclinaciones, defectos y calidades, mejor en muchos casos, que leyendo descripciones sabias y profundas de cronistas eruditos y respetables.

Del mundo, hase con razón dicho, que con el teatro guarda semejanza; que los seres humanos, actores son en esta gran comedia que se llama vida; argumento la existencia que se repite, como pensara Vico (1) ó como supusiera Goethe, á la manera de círculo giratorio sobre su eje, ó de espiral sobre su base, y cuyas escenas, siempre las mismas; parécennos, sin embargo, siempre nuevas, de igual modo que las obras clásicas de la literatura, más sorprenden, con todo y ser ellas inmutables, cuanto más se profundizan y mejor se observan. *Existir* no viene en puridad á ser otra cosa que *representar* un papel, humilde ó notorio, sobre el escenario de la sociedad, en presencia de Dios, que nos premia con su justicia ó nos castiga con su enojo. El autor dramático ha de reunir aptitudes de observador y de poeta; de crítico y de expositor. Debe, atento á las circunstancias que le rodean, aceptarlas, si lo merecen; combatirlas, si lo requiere el bien; que servir lealmente al público, no significa fomentar en él el mal gusto ni el desacierto, siendo preferible imitar á Moratín que á Comellas, aún que menos provecho material se logre. No entenderlo así, tanto monta como desconocer la misión principalísima de la literatura teatral. Escuela de las costumbres se ha dicho que era el teatro y ningún racional supondrá que esa afirmación, sólo á las costumbres aborrecibles se refiera: mas altas las miras del autor dramático, mejor enderezada la sutileza de su entendimiento, guiado en su ambición por el exclusivo legítimo interés de la gloria noblemente alcanzada, al escribir, al desarrollar sus planes,

(1) La ciencia nueva.

al mover la ideada máquina de la acción representable, al convertir en realidad tangible el sueño de la fantasía, Bien y Belleza, Verdad y Arte han de ser las musas á quienes pida inspiración y auxilio, que si ellas le atienden, aprécio ó no el público de la época, la obra pasará á los dominios del tiempo, que las transmitirá en sus alas á otras generaciones merecedoras de admirarla y sentirla.

Cuando al culto artístico rinde el escritor actividad y constancia, no preocupado el ánimo por solicitudes del mercantilismo que hoy generalmente se impone á los literatos del *género chico*, última fase de nuestra decadencia teatral, compénsanle de posteriores amarguras los puros placeres que experimenta en la cima de su propio trabajo. Nunca el hombre parécese tanto al Sumo Hacedor como en los instantes, decisivos para su inteligencia ó su ser entero, en que da realidad á sus pensamientos, á sus sentimientos, á las facultades de su bien ordenada naturaleza, *creando, produciendo, objetivándose*, por decirlo así, en los órdenes intelectual, moral y físico; y el componedor de obras que han de tener empeño, vida, quizás inmortalidad, en la escena, ante públicos diversos, á través de tiempos distintos, acaso en siglos diferentes, crea, como vivificador, da existencia corpórea á seres que imaginó primero, que luego vé animados con verdad objetiva; personajes que dicen, piensan y hacen lo que él ordenó y trazó sobre el papel, en plan inapelable é impuesto por la soberanía de su voluntad libérrima. Pensar la trama, fraccionarla en actos y escenas, desenvolverla en episodios, encauzarla á un fin preconcebido, darle cima, es, señores, empresa árdua, senda erizada de obstáculos, pero gratisima cual ninguna

otra con todo, desde que se embriona hasta que se consuma en el gabinete del literato... ¡y después... después aplaudida ó silbada, sigue queriendo á su obra el autor, que no por desgraciados disminuye para los hijos el cariño de los padres!

Hubo unos días, todos lo sabéis, en que la manía culteriana inficionó, á fines del siglo décimo sexto, del peor de los males en literatura, el mal gusto, á no pocas de las inteligencias que á la sazón se consagraban al cultivo del Arte, padecimiento cuyo nocivo influjo habíase ya dejado sentir en otras centurias, singularmente en la décima quinta (1), y no ignoráis, que la excesiva inclinación á la Mitología y el excesivo amor, fruto al fin y al cabo de erudición clásica, á los modelós reconocidos, señalanse por causas del daño. No poco hemos mudado en esto, porque el mal gusto, ahora epidémico, no se debe á extremados vasallajes científicos, ni reconoce en puridad mayor base de propagación que la ignorancia con su cohorte de atrevimientos no siempre disculpables.

Alguien hoy, cual los Caro, Andrada, Rioja, Quirós, Mirademéscua y Espinosa, en los días citados, presérvase con fortuna del contagio para tantos otros inevitable... y aún productivo; alguien hoy, en el *género grande* y en el que suele, por razón de cantidad, recibir y merecer la denominación de *género chico*, añade á la historia contemporánea de las letras, páginas de oro, que es gran consuelo. Restos de grandezas que fueron ó albricias de futuras

(1) De aquella época datan *Los pensamientos variables* y *La lamentación por la destrucción de España*.

gloriosas transformaciones, advierto yo en ello, y en todo, actualmente, signos de transición que habrán más ó menos pronto de resolverse en cambio enérgico y decisivo, que no hay época en el curso histórico que no decaiga y se abandone, al fin, en brazos de un progresivo renacimiento. Las civilizaciones descansan embriagadas de victoria, pareciendo entonces que los pueblos, fatigados, rendidos, hacen punto en su providencial carrera; pero la voluntad inalterable del Creador, marca á la humanidad, luego del reposo, la dirección de sus destinos, en pos de cuyo cumplimiento precipítase de nuevo y con mayor violencia; y también, suspendida la fecunda labor que en el respecto de la literatura dramática, ha realizado poco há nuestra España, atraída en los momentos que corren por tantos problemas sin resolución intentada é indiferente, durmiéndose sobre el trofeo de no lejanos éxitos ante los abismos que la amenazan y las desventuras que la oprimen, es de esperar que la reacción no tarde en ejercer beneficioso imperio, á la manera que al doliente transforma la debilidad en fortaleza, la enfermedad en salud.

Y no sospechéis de mi liberalismo porque haya la palabra reacción salido espontáneamente de mi garganta, que en Literatura nadie debe haber partidario de otras sujeciones sino las impuestas por la Moral y la Belleza, tiranas las dos que antes esclavizan á los ineptos que á los elegidos; en lo cual se advierte la razón fundamental é indestructible de que, en tiempo de absolutismo, de limitación, de prohibiciones, brillasen con todo el poder del genio los más insignes cultivadores de las letras patrias.

Entusiasta defensor hízome la suerte—y creo en mi no

corta vida haberlo probado, si bien con débiles fuerzas, que Dios tuvo á bien no dármelas mayores—de la libertad intelectual, que «no es» según afirma el inolvidable Rios Rosas en su discurso al ingresar en la Academia Española «la libertad de la erudición superficial, indigesta, gárrula, »declamatoria y postiza, ni la libertad de la vergonzosa ne- »gligencia, ni la libertad de la osada ignorancia».

El organismo social ha menester de libertad para desenvolverse. La libertad es causa y consecuencia, á la vez, del progreso; y el progreso es resultado del pensar, del sentir y del hacer, facultades eternas del humano espíritu. El hombre, pues, no mejora, no avanza, no vive como requieren sus facultades morales, sino en ambiente saturado de libertad, ideal del mundo, aliciente de la historia, esperanza de los siglos que corren tras ella y se empujan en el torbellino sin fin del tiempo por merecerla y conquistarla.

Ni es todo esto incompatible con la realidad, que no tanto en la cantidad y extensión de los derechos ejercitables, como en el modo de ejercitarlos, estriba la verdadera libertad, como ha dicho D.^a Concepción Arenal (1), bastando para convencerse de esa saludable doctrina, recordar hasta que grado y con que fortuna los escritores clásicos de doscientos y trescientos años há, dieron á sus creaciones la medida de lo tolerable dentro del límite marcado por las circunstancias de la época; y como en los días que corren, el abuso de la libertad, llega en algún caso á los límites donde comienza la licencia, con lesión del Arte, con olvido del Bien, y lo peor de todo, con aplauso de públicos tolerantes en demasía.

Las corrientes de opinión, cuando no van encauzadas

(1) El delito colectivo.

derechamente hacia el bien, no son atendidas por el verdadero hombre de Estado, que fuerte en medio del vendabal, cuyas violencias tempestuosas azotan su rostro y cimbrean sus energías, sin troncharlas, sólo está atento á la idea inspiradora de su política, robustecida por el impulso de la convicción indestructible. El gusto del público cuando no se traduce en reconocimiento de la Belleza soberana, y viciado, torcido, fuera de todo sentimiento estético manifiéstase como expresión de errónea manera de ver y entender las concepciones del Arte, lo ha de estimarse norma de inspiración, tampoco, del autor dramático, que, sereno, reconcentrado, imperturbable, no advertirá sino para censurarla y destruirla, nunca para dejarse vencer por ella, la desviada inclinación que en el orden teatral las gentes de su tiempo revelaren con insistencia de costumbre; de donde no os costará grande intelectual trabajo deducir, la semejanza que nivela en política y literatura á hombres de gobierno y escritores de obras escénicas al tratar de la misión que á unos y otros compete cerca de la *opinión pública*.

La crítica de las costumbres debe, pues, reconocerse como uno de los más legítimos fines de la cátedra teatral, si honesta é imparcialmente se exterioriza. Mejor que en el libro y la revista y el periódico, la censura de tendencias y vicios sociales, ejerce, practicada con acierto y con tino por el escritor dramático su bienhechora influencia. La impresión que en el ánimo del espectador se logra, no es la superficial y ligera obtenida de la simple lectura de una novela, de un artículo, de una sátira intencionada y sangrienta. Los personajes que desde *las tablas* prestan color, vida, á las ideas del literato, encarnan defectos y virtudes que, al ser reproducidos en ellos, recobran ante nuestro espíritu la evidencia de la verdad, y aparecen so-

bre el fondo de la trama artística, como enseñanza saludable y eterna.

Incúrrase, con harta y dolorosa frecuencia, en el extravío de entender por *costumbres*, únicamente las ruines de gentes incultas, groseras y vulgares, que no son, por cierto, las menos atendibles y merecedoras de estudio; mas no hay que olvidar cuanto importa corregir también, inclinaciones torcidas y preocupaciones dañadas en las clases que comunmente llamamos directoras; que las tendencias socializadoras de nuestro tiempo, á la sociedad entera se refieren y atacan con lesión hondísima, y que altos y bajos, poderosos y humildes, habrán de compartirlas y respetarlas, en la depuración de lo harmónico entre las doctrinas de la ciencia y las adaptaciones de la realidad, y por lo tanto, no ha de hacerse la critica de costumbres con parcialidades de escuela, ni con fanatismos de secta, excitando así pasiones de clase y antagonismos irreductibles, sino por el contrario, cediendo á las solicitudes de la general necesidad, ahora como nunca sentida, de concordia y alianza entre los elementos nacionales. Ayude; ayude á tan alta labor el poeta dramático, desde su peculiar esfera, é inculque á su público, representación de todas las clases sociales, las excelencias del trabajo, tan recomendables á los favorecidos de la suerte y los consuelos de la fe, tan convenientes á los pobres desheredados de la fortuna.

Momentos, los actuales, de desorden, de confusión y duda, las postrimerías del siglo XIX señálanse, para las letras de nuestra patria, por una completa determinación, una ausencia total de fijeza y dirección consciente. Vedlo, sinó. En este lado, reminiscencias de lo clásico, que puri-

fican el ambiente, escuchadas en silencio de indiferencia mas que de justa admiración, culto rendido á las exigencias de la moda, racional en ciertas ocasiones. En aquel, la sátira social que asoma desnudamente y sin ponerse siquiera la carátula. Acá el extranjerismo invadiendo nuestros lares con desprecio notorio de nuestras gloriosas fronteras. Allí el chiste que se aprende y cultiva en el lupanar y se recoge del arroyo regocijando á muchedumbres degeneradas. De vez en cuando, el sainete ingenioso, continuador de los inmortales de D. Ramón de la Cruz, abundando en rasgos de observación oportuna y pinceladas de colorista inteligente. Y por último la zarzuelita sin fondo, pretexto de exhibiciones femeniles más gratas á la materia que al espíritu.

Sin unidad, sin concierto, sin inclinación verdadera, autores y público resultan espejo clarísimo de un estado social decadente, agotado, que habrá de designar, en plazo de mayor ó menor brevedad, heredero que lo sustituya. Cumplió el siglo su ley providencial que le requería para consolidar la gigantesca obra con que en las agonías del pasado entretuvo á los hombres el deseo de libertades individuales; y todo, artes, letras, organismos, anuncia á la hora presente, la evolución de una época que sucumbe herida por el rayo de su destino, á nuevas realidades, no vislumbradas con claridad todavía. «La falta de claridad »es tal», dice el Sr. Pérez Galdós, «que hasta en la vida »política, constituida por naturaleza en agrupaciones disciplinadas, se determina claramente la disolución de »aquellas grandes familias formadas por el entusiasmo de »la acción constituyente, por afinidades tradicionales, por »principios más ó menos deslumbradores. Para que todo »falte, desaparece también el fanatismo, que ligaba en es- »trecho haz, enormes masas de personas, uniformando los

»sentimientos, la conducta y hasta las fisonomías, de lo
»cual resultaban caracteres genéricos de fácil recurso para
»el Arte, que supo utilizarlos durante largo tiempo. Las
»disgregaciones de la vida política son el eco más próximo
»de un terrible *rompan filas* que suena de un extremo á
»otro del ejército social, como voz de pánico que clama á
»la desbandada. Podría decirse que la sociedad llega á un
»punto de su camino en que se ve rodeada de ingentes
»rocas que le cierran el paso. Diversas grietas se abren en
»la dura y pavorosa peña, indicándonos senderos ó salidas
»que tal vez nos conduzcan á regiones despejadas. Contá-
»bamos sin duda los incautos viajeros con que una voz
»sobrenatural nos dijera desde lo alto; *por aquí se va y*
»*nada mas que por aquí*, pero la voz sobrenatural no
»hiere aún nuestros oídos, y los más sabios de entre nos-
»otros se enredan en interminables controversias sobre
»cual pueda ó debe ser la hendidura ó pasadizo por el cual
»podremos salir de este hoyo pantanoso en que nos revol-
»vemos y asfixiamos» (1). Y esa unidad, ese principio di-
»rector que se echa de menos, surgirá al fin potente, deci-
»sivo, soberano, en provecho de las letras y sin daño de la
»*variedad*, de que se nutre la patria española, como de la
»harmonía entre lo vario y lo uno, surge espléndida la Be-
»lleza, señora del Arte.

Y el teatro catalán seguirá entonces también dando á
la literatura nacional, cual tantas otras veces, prueba de
su razón de ser, que no estriba en el vano amor propio de
unos cuantos poetas, según por alguien se afirmara, con

(1) Discurso de contestación al de Pereda. (Academia Española.)

desconocimiento evidente de muchas cosas, sino en algo que está por encima de los hombres y de los tiempos, en la voluntad de Dios, á la que plugo darnos, sobre un mismo territorio, carácter diferente, distinto idioma, para que, juntos, unidos, alentados por el propio sentimiento de la patria, formaremos catalanes y no catalanes esta España de nuestras adversidades y grandezas; y mientras semejante unión, cumplida siempre por los catalanes, con lealtad, no se suspenda, que no se suspenderá nunca, porque es eterna como la patria misma que todos constituimos, vivirán las letras de esta región, en el idioma regional cultivadas; y Teatro, Novela y Poesía enriquecerán su historia con las producciones de los grandes escritores de Cataluña, pues sólo en el hogar común de los españoles son posibles el progreso y la consolidación de sus respectivos atributos diferenciales; que extinguida la unidad, reñidos los hermanos, si concebible fuera, ¿para qué idioma, para qué iniciativas, para qué aptitudes que no habríamos sabido consagrar á robustecer los sagrados vínculos de la nacional familia?

Sentimiento es, singularmente, el regionalismo, y sentimiento es, ante todo, el Arte. Arte y regionalismo en nuestra querida Cataluña armonizanse de tal suerte que desde los tiempos inolvidables señalados en nuestra historia por el enlace matrimonial de D.^a Dulce, hija de Filiberto de Provenza, con el Conde de Barcelona D. Ramón Berenguer III han vivido progresiva y hermanadamente á la par. ¡Días de recordanza aquellos en que la poesía de los trovadores rendíase como sentido homenaje al culto de lizas caballerescas y amorosas, cuidados con placer y estímulo de los Condes de Provenza, de Foix y de Tolosa, los Duques de Aquitania y los delfines de Auvernia y el Vianés. La literatura catalana nació entónces, romántica,

sensualista, que ambas calidades no siempre se repelen, lírica, subjetiva, con mayor rendimiento á los latidos del corazón que á los devaneos de la mente, espontánea y sencilla, inocente á pesar de todo, italianizada, cortesana, cadenciosa, dulcísima, *feudal* si me permitis la frase y para decirlo de una vez.

Los versos del primer trovador catalán, Berenguer de Palasols, los de Hugo de Mataplana, que componía en celebración de suntuosos festines; las creaciones poéticas de Vidal de Besalú y de Guillermo de Bergadán, que aceptarían por suyas los naturalistas más licenciosos de nuestro siglo; las honestísimas, en cambio, de Serverí de Gerona y las inspiradas de Mossen Jordi, plagiado, según testimonio irrecusable, por el gran Petrarca; las de Raimundo Lulio, genio de memoria imperecedera, en los anales de las letras; las de Ramón Muntaner, el infante Don Pedro, el rey Don Pedro IV, las trovas de Jordi de S.^t Jordi, Vil-larasa, Mallol, Torrella, Febrer; el incomparable Ausias March, el intencionado Jaime Roig, el clásico Roig de Corella, el ameno y culto Martorell, uno de cuyos libros, *tesoro de contento y mina de pasatiempos*, salió con suerte del *donoso y grande escrutinio* que el cura y el barbéro hicieron en la biblioteca de D. Quijote; los cultivadores en fin, de la rima, la novela, la historia, las ciencias filosóficas, exactas y astronómicas que hubo á la sazón, bien claro acusaban la existencia de un elemento social surgido de las evoluciones del progreso, para converger tarde ó temprano á la finalidad unificadora de varios pueblos en gloriosa Nación, no formada con vano propósito de borrar las diferencias que los alejasen, sinó de enlazar las semejanzas que los atrayesen. Y así sucedió; y así hoy se mantiene abarcado en los horizontes luminosos de la patria, el vínculo de amor, de ilusiones y

de esperanzas, entre los españoles todos ya sean catalanes ó castellanos, astures ó gallegos, aragoneses ó andaluces, vascos ó navarros; y así nosotros, españoles siempre, lloramos las desdichas y celebramos las prosperidades de España, con la sinceridad que nace del espontáneo sentimiento; y en el lenguaje de nuestros legendarios poetas, ó en el idioma del Rey Sabio y de Cervantes, indistintamente, cantamos sus grandezas, que nos alcanzan, y ensalzamos sus energías que compartimos. Y de aquí que mientras nosotros leemos la literatura castellana y oímos gustosos las producciones teatrales de castellanos insignes, estos nos leen y traducen, acogíendose con aplauso en la escena de la corte obras de autores catalanes, admiradas con justicia y representadas con acierto; y así, fortalecida la relación que entre todos media, cuando la integridad nacional peligra, si Zaragoza, si Cádiz, si Madrid asombran al mundo por su heroísmo y fortaleza; por su fortaleza y heroísmo asombran, también, á la humanidad entera Bruch y Gerona; y así en el hogar, entre los padres y hermanos, en el seno de la familia, el regionalismo constituye y constituirá cada día más la base indestructible del amor patrio, resultante de variedad conjunta, desenvuelta al amparo vivificador de comunes destinos y más compacta á medida que mayores desventuras la someten á duras y repetidas pruebas, que entonces las voces se acallan, los antagonismos interiores se disipan y cada familia, de cada hogar hace un templo, consagrado á la religión de la dignidad nacional sacrificando en él privados intereses y particulares conveniencias.

Pero toda literatura regional, decae y desaparece,

cuando se deja inficionar de savias estrañas que alteran y mystifican su naturaleza. Publicar libros, representar dramas, versificar en su idioma, ó dialecto regional, conviértese en ridícula exhibición de pequeñez, cuando los dramas, los versos y los libros son tales que no tienen otro signo local sinó el lenguaje en que han sido escritos. Por esto, señores; con desnuda franqueza os diré, que distan de causar en mi ánimo complacencia, las corrientes novísimas por algunos introducidas torpemente, impulsadoras de la literatura dramática catalana. Obras sin olor, color ni sabor catalanes, estréñanse en nuestra escena y ¡amarga decirlo! apláudense por nuestro público, ni más ni menos que si de un teatro caduco, ruinoso, vecino á la muerte, se quisiera dar triste muestra. Limitado á nuestra región el marco de las obras teatrales catalanas, salirse del horizonte impuesto por la realidad, tanto vale como alejarse de la pureza regional, á que debe constantemente, á mi entender, el autor dramático catalán rendir acatamiento. Varía el gusto; influye en hombres é ideas la acción corrosiva de los años; progresan y se transforman las costumbres; cambian los pueblos; sólo un orden de cosas permanece inmutable: el teatro regional.

Si este sufriera transformaciones esenciales desaparecería. Lo uno absorbería á lo vario; lo general á lo particular; y la literatura regional es elemento de lo vario.

Catalana en absoluto, quiero yo que sea la literatura catalana. Castellana quiero á la de Castilla, libre para siempre de toda mancha de extranjerismo. No alcanzan, pues, tampoco, á nuestro regional teatro los anuncios de transición que, en general se observan actualmente en el Arte y en todo.

Autores y público, salvo la indiferencia avasalladora propia de estos tiempos, son hoy aquí, *los mismos* que

cinco lustros ha, no han sufrido graves trastornos en gusto y aficiones, y si alguna vez, interrumpida la serie de obras anodinas, sin vida propia, con naturaleza mezclada, el teatro catalán renueva sus tradiciones de inmaculada gloria, merced á un genio poderoso verdaderamente regional, se reconocen como antiguos amigos que estuvieran largos días sin verse, y danse cuenta entonces de que, lo por ellos imaginado natural cambio y decadencia obligada de una literatura, solo era un ligerísimo ataque de descentralización teatral, contra el que nada habían intentado....; pero ahora lo saben, no lo olvidan y están apércibidos á contrarrestar sucesivos ataques. Y vuelta á las andadas con todo, que apagada la chispa, á cuyo fulgor vieron claro que el teatro catalán tiene derecho á existir con prestigio, lo falsificado, lo mixtificado sigue imperante.... con escasa murmuración de tal ó cual crítico y tolerancia y aún celebración por parte de tal ó cual público.

La obra catalana dramática, catalana ha de ser en la idea que la genere, el procedimiento que la informe, el fin á que se encamine, la tendencia á que responda y el lenguaje en que está expresada. Trascendental y no para tratada ahora, cercano como estoy al límite de mi discurso, es la cuestión relativa al verdadero lenguaje catalán en la escena, pues también en esto hay abusos que conviene censurar, siquiera con la censura no hagamos gran cosa. Así se escribe el catalán por algunos que, dentro de poco, sospecho señores, que hayamos los catalanes de inventar una clave para entendernos.

Vosotros, académicos de la de Buenas letras de Barce-

lona, con la autoridad de vuestros méritos, con el honor de vuestras obras, mucho podéis y debéis hacer en pro de nuestra literatura regional, cuya vida y cuya permanencia en el acierto, es justo que os preocupen y soliciten sin reparo.

De mi lado pondré cuanto me sea posible, si bien poco ha de ser, ya por mis mermados conocimientos, ya por encontrarme punto menos que invalidado para todo estudio; pero así como antes de ostentar la representación con que me habéis favorecido trabajé con insistencia muchos años, en ello he de seguir, pues sospecho que mi actividad no habrá sido del todo estéril, cuando me llamásteis á ocupar un sitio á vuestro lado.

Temo sin embargo, que no basten mis antecedentes ni mis deseos, á justificar en concepto de algunos mi nombramiento de académico.... A mi no me corresponde salir al paso de los que me crean poco para compañero de tan respetables directores de la buena literatura, que es la única literatura. Hacedlo vosotros que lo haréis mejor y de fijo con más éxito.

La costumbre de ser benévolo conmigo, costumbre para mi abrumadora al par que honrosa, tendría esta manifestación más.... ¡Y han sido tantas las que me habéis dado de vuestra indulgencia!

Sea lo que fuere, conste que he concluído la confesión general que os anuncié en los comienzos de estas páginas. Ya sabéis como pienso y siento del estado actual de nuestra literatura dramática.

Erróneas ó acertadas, esas son y sólo esas mis convicciones, expuestas de corrido y sin vacantes, para que, vosotros, mis amigos, las mejoreis con vuestro consejo, ó las fortifiquéis con vuestro asentimiento, si ellas lo merecieren.

Y basta: he cumplido un precepto reglamentario; y mientras, si Dios me da salud y fuerzas, llega la ocasión de ofreceros algún trabajo de más valía, sobre literatura dramática catalana, en el cual estoy pensando, aceptad el presente, *no por bueno; sino por mto*, como dijera un ilustre escritor (1).

HE DICHO.

(1) Montaigne.